

**LA PARADOJA DE ROQUE GUINART: EL BANDOLERO CON CONCIENCIA  
EN *DON QUIJOTE*.**

---

**Thomas Hranac**

Profesor Francisco Layna Ranz

VIII Edición de la Gaceta hispánica de Madrid.

En la segunda parte de la obra de Cervantes, las personas que tratan mejor a don Quijote y a Sancho Panza son un grupo de bandoleros catalanes liderados por Roque Guinart. Estos delincuentes, perseguidos por la autoridad real española, emboscan a don Quijote y Sancho Panza en su camino hacia Barcelona, pero no se aprovechan de su encuentro con el caballero manchego y su escudero para reírse de ellos como habían hecho los duques y su corte. Aunque Roque había oído de la locura de don Quijote y podía fácilmente burlarse de sus nuevos presos, decide tratar al caballero y a su escudero con dignidad. El episodio ficticio de don Quijote y Sancho topando con bandoleros catalanes refleja hechos verdaderos; existía en la realidad el personaje de Roque Guinart, cuyo nombre en catalán era Perot Rocaguinarda, y su tropa de bandoleros salteando los caminos de Cataluña a principios del siglo XVII (Valls i Taberner y Soldevila 450). Además, resulta curioso que el mismo Guinart, el primer personaje rigurosamente histórico que aparece en las páginas del *Quijote*, aparezca en la segunda parte al mismo tiempo que el bandolero catalán disfruta de una notoriedad considerable en España por haber recibido un indulto real en 1611, y ya se había trasladado a Italia hacía más de tres años cuando se publicó la segunda parte del *Quijote* en 1615 (Miguel 343).

No obstante, choca la figura literaria de Roque Guinart en el *Quijote* con los acontecimientos históricos protagonizados por los bandoleros catalanes y el personaje real de Guinart, ya que el grupo representaba un problema grave para el mantenimiento del orden social por parte de la autoridad real en Cataluña (Aladro 134). En la segunda parte del *Quijote*, Cervantes retrata a Roque Guinart con mucha simpatía, dándole una conciencia y casi idealizándolo de una manera que le provoca piedad al lector puesto que en la novela el catalán quiere renunciar su vida de ladrón. Se ha propagado esta imagen de Roque como un héroe romántico en mucha de la crítica cervantina (Weber 123). Sin embargo, la decisión consciente de describir a Guinart así presenta problemas, paradojas y una ironía constante y sutil. Las acciones de Roque están motivadas por razones poco

valientes debido a su oficio; por ejemplo, cuando Cervantes también muestra su lado violento, lo vemos asesinando a uno de su propia tropa de bandoleros. Esta casi idealización literaria de Roque como un personaje básicamente compasivo, con todas sus paradojas, contiene dos críticas de Cervantes hacia la España de su época: la existencia de un personaje como Guinart muestra una sociedad española producto de los siglos XVI y XVII en la cual las personas que poseían y exhibían los rasgos más virtuosos, como Roque, eran las más perseguidas y más marginadas por la sociedad; además, sabiendo que el bandolero catalán ya había sido perdonado, Cervantes señala la hipocresía inherente al gobierno español, un gobierno sin razón y completamente hipócrita.

La imagen romántica de bandoleros hurtando –por su virtud moral– a los ricos para dárselo a los pobres, como el famoso Robin Hood, no existía en la España de los siglos XVI y XVII. La carencia de recursos y el estancamiento económico del país en aquella época hicieron que una gran parte de la población se convirtiese en pobres o delincuentes (Thompson 249). Mientras en las ciudades la pobreza y el hambre causados por el desempleo general fomentó el fenómeno social de la mendicidad, en el campo surgió el bandolerismo como forma de combatir la precaria situación impuesta por la sociedad. Los bandoleros eran grupos compuestos por campesinos y nobles que salteaban los caminos españoles para ganarse la vida utilizando como medida asaltos, robos, incendios y sacrilegios (Elliot 50, 115). El terror provocado en la población española por los bandoleros era de gran magnitud y también una verdadera amenaza al orden social, de modo que una de las mayores preocupaciones de la política interior española en aquella época fue acabar con el problema del bandolerismo (Fernández Álvarez 118).

En Cataluña, sin embargo, el problema del bandolerismo durante los siglos XVI y XVII fue el más grave de toda España por una razón distinta. La gravedad del bandolerismo catalán provenía de su origen noble, diferente al bandolerismo campesino que caracterizaba a las otras regiones de España. La escasez de cargos públicos en Cataluña desterró a un número considerable de nobles, que se habían dedicado a las armas luchando en guerras privadas entre la nobleza durante la Edad Media. Con esa escasez, que creaba un problema de subsistencia, los nobles desterrados, muchas veces caballeros, decidieron seguir dedicándose a la vida de lucha y de aventura, pero en vez de pelear por razones políticas, lo hicieron por razones económicas: comenzaron a atracar a los mercaderes y a los viajeros. Las rivalidades heredadas entre la nobleza catalana agravaban el problema, convirtieron el bandolerismo en un asunto de venganza vinculado a los intereses de las grandes familias catalanas. La necesidad de defender o vengar a sus familiares desvalijados u ofendidos aumentó la extensión del bandolerismo en Cataluña, dividido principalmente en dos bandos, los *nyerros* y los *cadells*, basados en antiguas amistades y enemistades familiares. Esta vinculación entre el bandolerismo y la nobleza fortaleció el fenómeno, pero el desdén por la autoridad española lo hizo aceptable en la sociedad catalana (Valls i Taberner y Soldevila 434-435).

Cataluña siempre había sido una tierra difícil de someter a una autoridad central. El hecho de compartir una frontera con Francia y el carácter montañoso del paisaje catalán contribuían al bandidaje, impidiendo la ejecución de la justicia puesto que era difícil que las autoridades prendiesen a los criminales que se habían escapado a Francia fuera de jurisdicción o se habían ocultado en los lugares remotos y aislados del país (Elliot 26-27). Además, bajo el gobierno de la casa de Austria, Cataluña gozó de gran autonomía debido al sistema descentralizado de los Habsburgo. En este sistema, el reino de Cataluña seguía manteniendo sus instituciones y leyes particulares, llamadas fueros, que en mayor o menor medida dejaban a los catalanes gobernarse por sí mismos. Como consecuencia de los fueros, había más lealtad a los intereses propios de la nobleza catalana que a la autoridad española, lo cual creaba tensión entre la población catalana cuando la corona española de los Habsburgo intentaba imponer su autoridad sobre el país (Valls i Taberner y Soldevila 425). Por consiguiente, los catalanes apoyaban a sus nobles cuando se enfrentaban con la España imperial sobre el asunto del bandolerismo, aumentando la gravedad del problema.

El enfrentamiento entre la autoridad catalana y la autoridad española sobre el bandolerismo procedía de los incidentes en la ruta de oro entre Italia y España. Hacia la segunda mitad del siglo XVI, la ruta principal para transportar a Italia los lingotes de oro recién llegados de las Américas por el puerto de Sevilla tenía a Barcelona como punto de encuentro entre los barcos destinados a Italia y las caravanas cargadas de oro; los bandoleros se aprovecharon de estas caravanas, saqueándolas en su camino hacia el puerto catalán. Cuando se inició el fenómeno bandolero en Cataluña, la autoridad española intentó evitar estos robos a través de la supuesta cooperación de la nobleza catalana para administrar justicia y proteger las caravanas de oro (García Santo-Tomás 216-217). No obstante, sin la cooperación total de la nobleza catalana, el gobierno español no podía llevar a cabo su plan de perseguir a los criminales por ciertas partes de Cataluña que rechazaban la intervención española, justificando su posición de autonomía por los fueros que les había otorgado la corona española. En esta situación, al gobierno español le preocupaba el bandolerismo catalán de tal modo que amenazaba con el uso del ejército para acabar con el problema y la supresión de los fueros catalanes (Martínez-López 82).

La intención de imponer la ley de la corona española por encima de los fueros en cuanto al problema del bandolerismo fue vista por los catalanes nobles con indignación y como una violación de su autonomía. En consecuencia, los bandoleros más famosos o los que habían sido ejecutados por la autoridad central muchas veces eran elevados culturalmente al nivel de héroes locales que luchaban contra un gobierno ajeno, abstraído e irrespetuoso (Thompson 257-258). Además, estos bandoleros dependían de la simpatía de los campesinos catalanes que les rodeaban para sobrevivir en el campo y, por lo tanto, los trataban bien para ganarse su apoyo. No era sorprendente que la mayoría de los bandidos pudiesen contar con las simpatías campesinas en forma de apoyo activo o

pasivo por estas buenas relaciones (Weber 124). Con el apoyo de la población catalana noble y campesina ayudando a crear imágenes positivas de estos delincuentes, bandoleros como Roque Guinart podrían convertirse en “héroes” y, efectivamente, algunos documentos pro-catalanes de la época caracterizaban a Roque como un hombre “*cortès i amable*” (Miguel 338) que era mucho más moderado en sus métodos de bandidaje que otros bandoleros.

Sin embargo, Roque Guinart tenía otra reputación terrible, en los caminos españoles aterrorizando al pueblo catalán. Nacido en Oristà (Barcelona) en 1582, Roque Guinart no era noble, pertenecía a una familia de campesinos. Después de tener varios problemas con el alcalde *cadell* de su aldea, Guinart se hace *nyerro* en 1602 tras recibir una paliza a manos de los *cadells* y muy pronto consigue la fama de intimidar a sus detractores (Miguel 343). Si el campesino no les daba de comer a Roque y sus bandoleros y no mantenía en secreto su campamento, le incendiaban su casa, le mataban sus animales y realizaban otras agresiones más graves si el campesino les desafiaba abiertamente. Esta forma de aterrorizar a los campesinos obligaba a la gente a quedarse quedase callada y, a la vez, dichas acciones de terror protagonizadas por Guinart le hicieron ser condenado por el gobierno español a la pena de muerte (Elliot 97). Frente a esta posibilidad de ejecución, el bandolero catalán decidió aprovechar la clemencia ofrecida por la corona española, y se acogió en 1611 al indulto real que estipulaba que Guinart abandonase la vida de bandolero y se encargase de un tercio de infantería en Nápoles durante un periodo de diez años (Martínez-López 70). El personaje histórico de Roque Guinart aterrorizando Cataluña contrasta con la imagen del bandido generoso presentado por Cervantes.

Cuando Sancho Panza y don Quijote topan con Roque Guinart, acaban de ver una ejecución en masa de bandoleros ahorcados, en una alusión clara al destino que espera a estos delincuentes si se les captura. Inmediatamente, don Quijote se da cuenta de que son bandoleros catalanes, reconociendo la gravedad del problema en Cataluña de aquella época, “estos pies y pernas que tientes y no vees, sin duda son de algunos forajidos y bandoleros que en estos árboles están ahorcados; [...] por donde me doy a entender que debo de estar cerca de Barcelona” (Cervantes 493). Pero cuando el hidalgo y su escudero son emboscados por más de cuarenta bandoleros, don Quijote se resigna a la derrota, “Hallóse don Quijote [...] sin defensa alguna; y así, tuvo por bien de cruzar las manos e inclinar la cabeza” (Cervantes 493). A partir de este momento, don Quijote se convierte en personaje secundario frente al protagonismo de Guinart; el hidalgo no puede combatir la superioridad del bandolero estando a su merced y, por consiguiente, se destacan más las acciones de Roque en esta posición de poder absoluto frente a un don Quijote muy patético. Enfatizando la figura literaria del bandolero, la imagen histórica y conocida de Guinart ya formada en la mente del lector de 1615 podría ser desafiada por Cervantes a través de la presentación de un personaje que se defiende a sí mismo en un ambiente sin ningún tipo de réplica a sus opiniones.

Desde la primera experiencia entre Sancho, don Quijote y Roque, Cervantes muestra una tendencia a presentar una imagen idealizada del bandolero que contradice su historia verdadera. Aparte de una descripción física de Guinart, “mostró ser de hasta edad de treinta y cuatro años, robusto, más que de mediana proporción, de mirar grave y color morena” (494), que no encaja con las descripciones contemporáneas de él, “*un home alt i espigat, la boca grossa, amb poca cosa i el cabell roseenc*” (Miguel 338), Cervantes describe a su bandolero de una manera que encierra una crítica a la persecución de estos ladrones. La decisión de dar a Roque el papel de protagonista en el episodio permite al bandolero hacerse un “hombre de acción” y manifestar continuamente sus opiniones y actitudes personales sobre hechos verdaderos. Por su parte, don Quijote, la única persona que se atreve a cuestionar a Roque e intenta convencerle de abandonar esa vida para hacerse caballero andante, se queda reducido al papel de “un mero espectador” (Aladro 135). Don Quijote sólo actúa en el episodio por medio de la lengua, aconsejando con su típica manera quijotesca a Roque y a sus bandoleros que dejen su estilo de vida para alcanzar “la salvación [...] en el cielo” (Cervantes 501-502). Pero esta plática, arraigada en el discurso religioso, que intenta reprobar la conducta de la vida del bandolero suena como disparate, muy desconectada de la realidad catalana inculta y pobre, puesto que al grupo de bandoleros “no les entraba bien la plática” (Cervantes 499); es decir, no la entienden. Por lo tanto, el contraste fuerte entre la pasividad de don Quijote y la actividad de Roque Guinart da más peso al discurso de este último, acentuando la imagen que Cervantes intenta imponer al lector.

En lugar de llevarse los objetos de Sancho y don Quijote o hacer daño a sus prisioneros desamparados, Roque Guinart es compasivo, desmintiendo su imagen histórica. Les devuelve todo de lo que se les había despojado y se presenta a sí mismo mientras da consuelo a don Quijote “con la más triste y melancólica figura que pudiera formar la misma tristeza”: “no estéis tan triste, buen hombre, porque no habéis caído en las manos de algún cruel Osiris, sino en las de Roque Guinart, que tienen más de compasivas que de rigurosas” (Cervantes 495). Como el resto de los personajes con los que se encuentran Sancho y don Quijote en la segunda parte, Guinart también había oído del hidalgo y su escudero pero, en contraste con Sansón Carrasco o los duques por ejemplo, Roque no decide aprovecharse de la locura de don Quijote, sino que sigue consolándole, declarándose un hombre religioso: “no os despechéis ni tengáis a siniestra fortuna ésta en que os halláis [...] que el cielo [...] suele levantar los caídos y enriquecer los pobres” (Cervantes 496). La admiración que despierta Roque en Sancho y en don Quijote al reconocer su carácter humilde solo ayuda a aumentar la veracidad y credibilidad supuesta de la plática de Guinart, y reprocha implícitamente la ejecución en masa de los bandoleros, por parte de las autoridades, que acaban de ver.

Más adelante, el lector advierte que la compasión no es el único rasgo positivo que posee Guinart. Justo después de presentarse se ve su carácter galante, cumpliendo con la promesa de

proteger la honra de Claudia Jerónima, una *nyerra* que se había enamorado de un *cadell*, don Vicente Torrellas. Después de haber oído rumores sobre la deslealtad de su prometido, Claudia Jerónima le dispara cinco tiros y decide buscar a Roque para que la proteja de la familia *cadell* de don Vicente. Con una actitud caballeresca comparable a la de don Quijote, Roque le promete: “yo iré a buscar a ese caballero y, muerto o vivo, le haré cumplir con la palabra prometida a tanta belleza” (Cervantes 497). Más tarde, aunque Roque acude al caballero herido y comprende la equivocación de Claudia –que en realidad don Vicente había sido fiel a su prometida–, mantiene su promesa de defender a los padres de ella frente a la venganza de la familia Torrella “y de todo el mundo, si ofenderle quisiese” (Cervantes 499).

Debido a la situación “irreconciliable” (García Santo-Tomás 218) de los dos bandos en Cataluña en aquella época, es evidente que la actitud caballeresca de Guinart hacia Claudia Jerónima en este episodio procede de su lealtad a su bando *nyerro*. Sin embargo, Cervantes elige disfrazar su partidismo ciego, evocando la compasión que había utilizado antes con Roque; el bandolero aparece completamente humanizado cuando, afectado emocionalmente por el llanto de Claudia Jerónima, también comienza a llorar: “tales y tan tristes eran las quejas de Claudia, que sacaron las lágrimas de los ojos de Roque, no acostumbrado a verterlas en ninguna ocasión” (499). Esta imagen de un Roque sentimental, aparte de chocar con su reputación estremecedora, hace que el lector olvide la conexión obvia e irónica entre las acciones supuestamente virtuosas del bandolero y sus lealtades partidistas. Además, Roque gana más simpatía del lector por mostrar abiertamente su pathos.

Como ya hemos visto, Cervantes va elaborando esta conciencia de Guinart en varias etapas para convencer al lector de la sinceridad de su bandolero. Más adelante, cuando Roque ordena que repartan todas las cosas que habían robado, Cervantes le añade aún más idealización y describe al bandolero como un hombre justo y generoso entre su bando: “lo repartió por toda su compañía, con tanta legalidad y prudencia, que no pasó un punto ni defraudó nada de la justicia distributiva” (500). Pero, sobre todo, el método más importante de convencer al lector de la sinceridad de Guinart consiste en la presentación cervantina del catalán como un personaje digno de perdón, es decir, como una persona con fragilidad humana por el reconocimiento de sus propios errores, Cervantes muestra esta virtud de su bandolero, que vive en una sociedad donde se le persigue. De hecho, Roque confiesa a don Quijote que lamenta haberse hecho bandolero y quiere arrepentirse de sus acciones:

[...] realmente le confieso que no hay modo de vivir más inquieto ni más sobresaltado que el nuestro. A mí me han puesto en él no sé que deseos de venganza, que tienen fuerza de turbar los más sosegados corazones; yo, de mí natural, soy compasivo y bien intencionado; pero, como tengo dicho, el querer vengarme de un agravio que se me hizo, así da con todas mis buenas inclinaciones en tierra, que persevero en este estado, a despecho y pesar de lo que entiendo [...];

pero Dios es servido de que, aunque me veo en la mitad del laberinto de mis confusiones, no pierdo la esperanza de salir dél a puerto seguro (Cervantes 501).

Después de su confesión a don Quijote, la incertidumbre de la conciencia de Roque se manifiesta en su decisión de dejar ir libre a un grupo de viajeros en el que viajan unos soldados y una noble llamada doña Guiomar de Quiñones. Roque decide llevarse sólo suficiente dinero para satisfacer a su tropa de bandoleros porque un remordimiento de conciencia le impide despojar a las personas de todo lo que poseen: “que no es mi intención agraviar a soldados ni a mujer alguna, especialmente a las que son principales” (Cervantes 503). Dado que reconoce la fealdad de su vida como bandolero, Roque intenta comportarse como una persona humana capaz de compadecerse de sus víctimas; tiene miedo del castigo por sus acciones y reconoce que son injustas, pero en el fondo espera alcanzar el perdón. A través de la confesión de Roque Guinart, Cervantes cimienta su argumento ante el lector sobre la sinceridad de su bandolero y, así, provoca su piedad y simpatía, transformándole en un hombre marginado. El poder de este argumento de Cervantes es notable y no sorprende descubrirlo en varias interpretaciones positivas de Roque, incluso en la interpretación romántica de Miguel de Unamuno, que caracteriza a Guinart como un santo-bandido (Weber 125-126).

Cervantes utiliza su descripción del bandolero para disculparle por todo lo que había hecho, lo que implica la reprobación de una sociedad española que ha empujado a las personas virtuosas y heroicas –como Roque Guinart en su obra– a dedicarse a la delincuencia. Culpa directamente a la sociedad por las acciones de Roque, quien es “forzado de cumplir con las obligaciones precisas de su mal oficio” (503) aun cuando él pide perdón por haberse convertido en ladrón. Aunque le disguste en gran medida –según Cervantes–, para sobrevivir en la sociedad a Roque no le queda otro remedio sino hurtar a la gente; el ladrón se convierte en víctima por lo que la sociedad española le había robado a él: su dignidad. En esta crítica fuerte de una sociedad que crea delincuencia, convirtiendo a buenas personas en pícaros, las personas como Roque han tenido que traicionar a sus valores y a sí mismos. Además, esta misma sociedad le fuerza a cometer actos muy graves, como matar a uno de sus bandoleros que le había desafiado abiertamente sólo para protegerse a sí mismo. Por lo tanto, el Roque presentado por Cervantes es un héroe trágico merecedor de admiración: “si estuviera [Don Quijote] trescientos años, no le faltara qué mirar y admirar en el modo de su vida [...]: vida, por cierto, miserable y enfadosa” (505), impuesta por las condiciones de la sociedad española.

Al margen del hecho de que la representación compasiva de Guinart significa una denuncia de la sociedad española y su persecución de lo virtuoso, a la vez existe en el fondo otra crítica implícita aún más dura hacia el gobierno español de aquella época en la paradoja inherente a este bandolero con conciencia. Es imposible ocultar la ironía que subyace a la idea de un bandolero que quiere

arrepentirse mientras sigue cometiendo delitos. Roque Guinart, por muy bueno que sea, con todas sus buenas intenciones y su carácter compasivo ensalzado por Cervantes, no deja de robar, matar y atemorizar. Solo la misericordia provocada por Cervantes a lo largo del episodio del bandolero empequeñece el que es el único asesinato auténtico, cuyo acto transcurre en presencia de don Quijote y Sancho Panza, en todo el Quijote (García Santo-Tomás 223). También, el robo “suave” de las pertenencias de doña Guiomar de Quiñones realizado por Roque –el cual parece más un acto de obligación para satisfacer los deseos del colectivo bandolero que al antojo de un ladrón para enriquecerse– esconde una ironía sutil. La apología ofrecida por el catalán de no querer “agraviar” a personas que “especialmente son principales” (Cervantes 503) no impide de ninguna manera que Roque cometa el delito; se insinúa que sólo el estatus social elevado de doña Guiomar, por su pertenencia a la nobleza, y de los soldados –los dichos “principales”–, por su oficio militar, ha presionado al bandolero para que se comporte con moderación al robarles.

La realidad de la paradoja de Roque Guinart ha sido explicada por Alison Weber como un intento de Cervantes de aludir a un debate corriente en aquella época sobre la existencia del libre albedrío frente al predeterminismo como dogma oficial de la Iglesia católica. Aquel debate había causado tanta polémica que el Papa Pablo V tuvo que suspender su discusión en 1607, y Weber lo utiliza como reflejo de las posiciones de don Quijote y Roque Guinart en cuanto a su charla sobre la capacidad del bandolero para reformarse (132).

Sin embargo, el remordimiento padecido por Roque, debido a su condición compasiva y su conciencia ilustrada, en el episodio literario tiene mucho más que ver con los acontecimientos históricos en la vida real de Guinart. Cervantes sabía, antes de escribir la segunda parte del Quijote, que el personaje histórico del bandolero se salvaría, por la noticia famosa del indulto que se le había otorgado al catalán en 1611. Además, Cervantes es consciente de que Guinart había enviado una carta al rey solicitándole la amnistía en junio de 1610, y se hace eco de su petición de amnistía por medio de la confesión del Roque literario que aparece en la novela (Martínez-López 70). Era interesante que el bandolero escribiese una carta pidiendo el perdón y la protección de la corona, ya que la corona aparentemente era incapaz de tratar el problema complejo del bandolerismo catalán por sus vínculos con la nobleza. ¿Por qué escribió la carta? ¿Quería arrepentirse de verdad? ¿Temía una muerte que le podría sobrevenir a manos de los *cadells*? ¿Temía la cólera de la corona y la ejecución que le esperaba si fuese capturado?

En la novela, Cervantes alude a este problema a través de la exposición de la amistad entre la figura literaria de Guinart y el personaje ficticio del caballero barcelonés don Antonio Moreno. Roque avisa a su amigo Antonio de la llegada de don Quijote a Barcelona y le pide que aloje al caballero manchego y a su escudero. Moreno, como personaje literario del Quijote, resulta ser igual que los otros personajes del texto cuando se burla de don Quijote y Sancho durante su estancia con

él en Barcelona; sin embargo, curiosamente, el lector se entera de que don Antonio es amigo íntimo del virrey de Cataluña, lo cual significaría un contacto bastante importante para Roque Guinart. Teniendo en cuenta esta conexión literaria entre Guinart y el virrey de Cataluña, es muy probable que Roque nunca hubiese sido ejecutado por la corona. Es fácil ver la influencia inmensa de la nobleza catalana en opinión de Cervantes, que permite al bandolero conseguir “la salida” que esperaba. Por otra parte, da la impresión de que el intento de arrepentirse por parte de Roque es sincero de verdad, de modo que fortalece la denuncia de Cervantes sobre su marginación.

No obstante, la sinceridad de Roque Guinart en la vida real no tiene mucha credibilidad puesto que él no denuncia la vida bandolera hasta que recibe su indulto en 1611. El poder detentado por la nobleza catalana, al que alude Cervantes en el tema del bandolerismo, es mucho más verosímil. La nobleza catalana desafiaba abiertamente a la autoridad real al no perseguir a los bandoleros, y muchas veces trabajaba con el gobierno español para utilizar el bandolerismo a su favor (Valls i Taberner y Soldevila 434-435). Si Roque Guinart hubiese querido dejar la vida del bandolerismo y evitar el riesgo de ser asesinado a manos de los *cadells*, podría haberlo hecho por medio de la protección de que gozaba por parte del Duque de Lemos, quien era, curiosamente, el mismo protector de Cervantes (García Santo-Tomás 218). Pero, por otro lado, la solidaridad catalana protegiendo al bandolerismo no era tan fuerte como parecía, ya que Guinart escribió su petición, lo que significaba que el catalán sentía una amenaza auténtica de perder la vida y gran presión de la corona española.

La presión percibida por Roque se fundamenta en verdades históricas; cuando el gobierno español quiso perseguir seriamente el bandolerismo catalán, puso en marcha medidas bastante exitosas. Por ejemplo, la corona había arrestado a un grupo de diputados catalanes sospechosos de colaborar con los bandoleros en 1569, sosegando momentáneamente el fenómeno en Cataluña, y nombró a virreyes menos tolerantes hacia el bandolerismo, como el virrey de Albuquerque, quien trató la situación del bandolerismo con mano dura durante su periodo de poder en Cataluña entre 1616 y 1619, teniendo éxito en su política y en el logro de buenas relaciones con el gobierno autónomo catalán (García Santo-Tomás 217). Cervantes refleja estas medidas exitosas cuando le presenta al lector a Roque Guinart ante una ejecución en masa de bandoleros; podemos deducir que, en efecto, sentía una amenaza verdadera de la corona española, lo cual provocó su petición de amnistía.

Lo llamativo de la cuestión sobre las motivaciones de Roque Guinart para escribir su carta es que la corona aceptara su petición de amnistía, convirtiéndolo –a un enemigo del estado– en un “*defender of the empire*” (Weber 138) luchando por España en Italia. Esta hipocresía por parte del gobierno español legitima efectivamente el bandolerismo catalán como manera aceptada de vivir, puesto que habilita el acceso a otros oficios reconocidos por la corona; en el caso de Roque, una

carrera militar. Varios autores como Alison Weber o Enrique García Santo-Tomás han sostenido que el indulto de Roque Guinart es la demostración definitiva de los defectos administrativos del gobierno español para tratar la situación del bandolerismo catalán, pero el mero hecho de que Roque realizara una petición a la corona señala una crítica mucho más dura. Esa petición evidencia el éxito, o por lo menos el éxito parcial, que tenía el gobierno español al intentar acabar con el bandolerismo cuando quería. En vez de seguir el protocolo oficial en cuanto al bandolerismo (la persecución, el prendimiento, el juicio, la ejecución), el gobierno español elige conscientemente acomodar a Roque, negando la legitimidad de sus propias decisiones. La decisión de incluir a Roque Guinart en el Quijote revela la crítica de Cervantes hacia la corona española, que es, en su opinión, un gobierno completamente hipócrita y sin razón.

En la segunda parte de Don Quijote, el episodio de Roque Guinart y los bandoleros catalanes expone una denuncia doble por parte de Cervantes de la realidad social española en la que le correspondió vivir. La casi idealización del famoso bandolero catalán muestra la crítica social de Cervantes, que culpabiliza a la sociedad española del Siglo de Oro por la marginación sistemática de las personas más virtuosas. Guinart, un personaje heroico y generoso, ha sido “forzado” por la sociedad española a cometer delitos para sobrevivir y, por eso, es perseguido; la novela da un colorido de bondad a la parte negativa del bandolerismo en Cataluña en los siglos XVI y XVII, la cual amenazaba el mantenimiento del orden social. Por otra parte, aunque los rasgos virtuosos del catalán en la novela no influyen en la realización de sus acciones dudosas ni coinciden con los acontecimientos de su personaje histórico, el episodio concede a Cervantes la oportunidad de llevar a cabo otra crítica a través de la ironía. Históricamente, Roque Guinart no renuncia a su oficio de robar, matar y atemorizar hasta que recibe un indulto real que le convierte en soldado de la corona española. Cervantes aprovecha este suceso histórico para señalar la arbitrariedad e la hipocresía del gobierno español.

La decisión de Cervantes de escoger al personaje histórico de Roque Guinart en vez de inventar a un bandolero imaginario con conciencia le permite realizar su denuncia doble; mientras cualquier bandolero compasivo en la novela podría entenderse como una alegoría de la figura del virtuoso/marginado, las circunstancias históricas extraordinarias que habían rodeado a Roque Guinart le facilitaban a Cervantes la ocasión de trabajar sobre su microcosmos para generalizar la situación existente en España con un gobierno, en su opinión, sin razón. No era que el gobierno español no pudiese acabar con el bandolerismo catalán, sino que no quería hacerlo por no parecerle tan importante como las guerras en Italia o Flandes, y su prioridad en la política española es evidenciada por la resolución de mandar a Roque a luchar en Italia. El enfoque de la corona española en guerras ubicadas en tierras ajenas, en lugar de centrarse en los problemas internos que representaban amenazas más profundas para la estabilidad del país ibérico como el bandolerismo

catalán demuestra, para Cervantes, esta falta de razón y pérdida de dirección. No resulta extraño que el episodio de Roque Guinart aparezca casi al mismo tiempo en la novela que el episodio del morisco Ricote, otro ejemplo de otro problema interno –la expulsión de los moriscos de la península ibérica– a que se enfrentó España en aquella época. Sin embargo, la imagen presentada por Cervantes del hombre virtuoso/marginado por la sociedad afirma su idea de la necesidad de reformar España para que individuos como Roque puedan contribuir positivamente. Cervantes no ofrece al lector soluciones concretas para renovar una España en declive, solamente insinúa la urgencia de la tarea para corregir los defectos del país.

## Obras citadas

- Aladro, Jorge. "Entre Roque Guinart y don Quijote, o el desdoblamiento de Cervantes." Anales cervantinos XXX (1992): 129-137.
- Cervantes Saavedra, Miguel de. Segunda parte del ingenioso caballero Don Quijote de la Mancha. Ed. Luis Andrés Murillo. Madrid: Editorial Castalia, 1978.
- Elliot, J. H. La rebelión de los catalanes: un estudio sobre la decadencia de España (1598-1640). Madrid: Siglo XXI de España Ediciones, 1977.
- Fernández Álvarez, Manuel. La sociedad española en el siglo de oro. Madrid: Editora Nacional, 1983.
- García Santo-Tomás, Enrique. "Aventura fingida y aventura verdadera: Roque Guinart frente a don Quijote." Anales cervantinos XXXI (1993): 215-228.
- Martínez-López, Enrique. "Sobre la amnistía de Roque Guinart: El laberinto de la *bandositat* catalana y los moriscos en el *Quijote*." Cervantes: Bulletin of the Cervantes Society of America XI.2 (Fall 1991): 69-85.
- Miguel, Jeroni. "Barcelona, veu i silenci de don Quixot." Revista de llengües i literatures catalana, gallega y vasca 11 (2005): 329-356.
- Thompson, I.A.A. "A Map of Crime in Sixteenth-Century Spain." The Economic History Review 21.2 (Aug. 1968): 244-267.
- Valls i Taberner, Ferrán y Ferrán Soldevila. Historia de Catalunya. Madrid: Alianza Editorial, 1982.
- Weber, Alison. "Don Quijote with Roque Guinart: The Case for an Ironic Reading." Cervantes: Bulletin of the Cervantes Society of America VI.2 (Fall 1986): 123-140.